CAPITULO VII.

DE LA ELOCUENCIA OFICIAL.

La corte de Francia (Dios nos libre de hablar de la actual (1)), aventajó siempre á las demas en urbanidad y galantería. El monarca reinaba en los hombres, y las mugeres en el monarca: Odeta, por ejemplo, en Carlos VI; Inés Sorel en Carlos VII, la Feronnière en Francisco I, Gabriela en Enrique IV, la Montespan en Luis XIV, la Parabere en el Regente, la Pompadour en Luis XV. La corte imitaba al rey, la capital la corte, las provincias la capital. Los caballeros requebraban las damas, los poetas cumplimentaban los grandes señores, los graves predicadores del púlpito encomiaban los cadáveres de los príncipes, bajo el sudario de terciopelo y plata. La mitad de su gloria la debió Voltaire á la delicadeza fina y caballeresca de sus lisonjas, pues en aquella época gastábase la vida elegante en encontrar fórmulas nuevas para agradar, saludar con gracia, escribir y hablar con primor.

(1) Alude el autor, de un modo satírico, á la corte de Luis-Felipe de Orleans, príncipe proverbial en Franci por su parcimonia sórdida, insaciable codicia, carácter tacaño, espíritu anti-caballeresco y enemigo de todo lo que olia á garbo y esplendidez. Por otra parte Timon profesaba personalmente una ojeriza enconada contra la dinastía de Orleans, y por medio de sus folletos, contribuyó eficazmente á sublevar la opinion contra la avidez de la familia reinante, y á determinar á la cámara de diputados de que hacia parte, á responder con netas denegaciones á las demandas pecuniarias que, con diversos pretextos é importunidad reiteraba Luis-Felipe.

Esto lo participamos á nuestros lectores para que no se figuren que asesta Timon un venablo epigramático contra la forma republicana que actualmente rige la Francia, forma al contrario que logra plenamente su aprobacion, advirtiendo que ha sido uno de los principales fundadores de la Constitución de 1848.

(N. del T.)

Toda la caterva de insulsos aduladores vino á dar de frente y estrellarse contra los ángulos algo toscos de la Revolucion; pero la índole de una nacion nunca se borra totalmente, y del cumplimiento nació la exposicion política (1), la exposicion tan flexible, tan diversa, tan afeminada, tan universal, tan impostora y tan ridícula como el mismo cumplimiento.

La exposición es un arbusto peculiar al clima francés, en el cual prospera, medra, y echa ramas en todas direcciones y hojas de todos colores.

Imposible seria averiguar las resmas de papel que han gemido bajo el peso de las exposiciones, y ¿hay acaso un solo Francés, sabiendo leer y escribir, que no haya puesto su firma al pié de alguna? Nacimiento de príncipes, advenimiento de una dinastía al trono, muerte de reyes natural á violenta, asesinato ó tentativa de ello, enlaces de infantes ó infantas, victorias ó derrotas, todo es bueno para los forjadores de exposiciones, que son muy fáciles de acomodar.

Hay quien firma por compromiso, quien por miedo, quien por cálculo, mas lo cierto es que las firmas llueven.

En las secretarías de todos los tribunales, y en los archivos de ayuntamientos y prefecturas, hay modelos de exposiciones para toda clase de gobierno legítimo ó ilegítimo; y no hay que enviarlos de Paris, pues cada empleado sabe perfectamente como debe formular su adhesion, y fijar el dia en que las autoridades deben reunirse en las catedrales para cantar un *Te Deum* en honor de la República, del Imperio ó la Monarquía, salvados por la gracia del Omnipotente; pues es cosa admitida que el Omnipotente, desde lo alto de las esferas estrelladas, se complace en mezclarse en nuestras revoluciones y contra-revoluciones terrestres, y esparcir sus bendiciones en todos los gobiernos, con tal que triunfen.

Si la guardia real de Carlos X hubiera sepultado en el lodo y

(1) La palabra adresse, que hemos traducido por exposicion, tiene en francés un sentido tan multíplice que con dificultad puede traducirse en castellano. En efecto, segun las circunstancias, significa carta de adhesion, manifiesto, arenga congratulatoria, peticion, etc. No existiendo en nuestra lengua ó á lo menos no constándonos á nosotros que exista palabra alguna que traduzca perfectamente la voz adresse en el sentido colectivo que le da el autor, hemos adoptado el término indicado, no disimulándonos su carácter incompleto, pero siendo en nuestro concepto el que mejor tal vez responde á l palabra francesa.

(N. del T.)

sangre à los héroes de las barricadas, no admite la menor duda que hubieran caido en las gradas del trono una lluvia de exposiciones, que hubieran cumplimentado al augusto monarca por haber puesto á Paris en estado de sitio, y haber mandado fusilar á Lafayette, Laffitte, B. Constant, Casimir Perier, y muchos otros diputados, como traidores á la patria; y hubiéramos visto el clero francés, con el arzobispo al frente, revestido de blancas sobrepellices, cantar la victoria con un repique general; al paso que los ministros de aquel entonces, hubieran dado el parabien al monarca por la victoria conseguida sobre el desórden y por las leyes sobre la anarquía. Al mismo tiempo los consejos municipales, los generales, cámaras de comercio, prefectos, tribunales, gefes del ejército, diputados y pares, hubieran suplicado al monarca hercúla leo que aplastase bajo su pié la hidra de la prensa, y no gobernase en lo venidero sino con buenas ordenanzas, ó, lo que es mejor, con leyes excepcionales.

Y todo esto se hubiera pasado al pié de la letra, conforme acabo

Regla general : el cielo se declara siempre por el que triunfa : tal es la moral de las exposiciones.

Desde que uno de nuestros ocho ó diez gobiernos (dijo ocho ó diez como diria veinte y cinco) ha tenido la suerte de escapar á una maquinacion, atentado, tumulto, insurreccion, conjuracion, revolucion, máquina infernal, puñalada ó pistoletazo, al momento se declara que Dios salva la Francia.

Así Dios salvó la Francia cuando la República acabó con la Monarquía; Dios salvó la Francia cuando el Imperio puso fin á la República; Dios salvó la Francia cuando la Revolucion de Julio desterró la Restauracion. ¿Cómo es posible hacer así escarnio de Dios?

Las frases de cajon, tales como el amor, el respeto profundo, la fidelidad inalterable á las Repúblicas unas é indivisibles, á las Constituciones del imperio, á las Cartas otorgadas, á los Actos adicionales, á las augustas dinastías; así como la lealdad ilimitada y llena de abnegacion, hacen un gran papel en las exposiciones, exigiéndolo así naturalmente el généro, y no habiendo exposicion propiamente dicha sin estas palabras sacramentales.

Por su parte los veinte y cinco gobiernos felicitados revisten los mismos trages, calzan los mismos coturnos en el mismo vestuario, y suben á los mismos tablados ante los mismos espectadores.

Todos estos gobiernos se embozan gravemente, unas veces como un pontifice del Ser supremo, otras como un presidente del Directorio; este como un consul de la República, aquel como un emperador romano, á menudo como un padre del pueblo. Todos ponen la mano en el corazon y aseguran que solo viven para la prosperidad de la Francia, que solo aspiran como Cincinato al reposo rural, que el trono es una pesada carga, que las execrábles facciones no permiten un momento de quietud. Así Bonaparte protestaba que presto estaba á abdicar el consulado, mientras que maquinaba ser emperador. Tal otro alzará los ojos al cielo, hablará del doloroso sacrificio que le impone la nacion, lanzará profundos gemidos, y cobrará dotaciones sobre dotaciones. Concluida esta mojiganga, todos los actores se mezclan familiarmente, se aprietan las manos, se prodigan las mas amables sonrisas, hay mil enternecimientos, y de todos los ojos manan lágrimas de felicidad pública. Pero ; cuantas veces, al entrar en su gabinete, ambos felicitados y felicitadores deben reir de la comedia que representaron!

Mas poco importa, vuelve á empezar la farándula. ¿Acaso no representan cien veces consecutivas la misma pieza nuestros teatros? Y si así no fuese, ¿donde irian á parar los actores, teatros, trages, bastidores, público y dinero?

Rigorosamente, un presidente, un rey, un consul, un emperador, pueden contentarse con reinar sin gobernar; pero prescindir de hablar, eso no. Habla un abogado, habla un diputado, habla un catedrático, no hay bruto que deje de hablar, y t, porqué no hablaria el rey? En consecuencia se han dispuesto las cosas de modo que el director de la máquina, ó gefe del estado, poco importa su nombre, dinastía y trage, recite de corrido un discurso de apertura, en público, una vez por año; tarea que por otra parte desempeña con la mayor complacencia, calado el sombrero en presencia de los representantes del pueblo soberano, lo que tal vez no parecerá muy respetuoso, y rodeado de militares con aureas charreteras y espuelas resonantes, lo que poco se amolda con el régimen constitucional.

Les pronombres mis vasallos, mi marina, mi gobierno, mi tesoro sobre todo, adornan con sus graciosos posesivos la elocuencia de la corona. Si acontece que esta se contradice manifiestamente de año en año, de un discurso á otro, no hay que parar la atencion en tales frioleras, pues son ministros que difieren por los nombres, fechas, caracteres, planes, opiniones, conducta, si bien hablan todos por la misma boca, y; qué boca! una boca real. Todo pasa por ella, hoy la paz, mañana la guerra; unas veces las dotaciones, otras las pensiones. Derecho comun y monopolio, religion y filosofía, libertad y censura, un discurso de la corona todo lo aguanta y todo la promete, salvo la disminucion de impuestos, materia en la cual inútil es esperar variacion alguna. Discurso del primer año, venga dinero; segundo año, mucho dinero; tercer año, aun mas dinero; y así sucesivamente, sin que posible sea prever el fin. Tal es el fondo propio, el fondo sólido y macizo, el fondo metálico de los discursos reales; todo lo demas no es mas que bordados y adornos, de peor ó mejor gusto literario.

Las contestaciones de las Cámaras al discurso de la Corona, no son mas que torneos parlamentarios en presencia de los embajadores europeos y las lindas señoras que ocupan las galerías. Cada uno de los retóricos que entra en el palenque se cree obligado á explayar todo lo que comprende su ingenio, ya sea acerca de negocios extrangeros, va de negocios interiores; v, como hace seis meses que no ha hablado, y quiere hablar á toda costa, y habla en efecto, resulta que se hace escuchar el mayor tiempo que le es posible, lo que harto me consta á mí oyente de tan admirables oradores. Desde que el primero de estos campeones, inscrito en la lista, ha recitado su pieza de elocuencia, agitado su lengua y brazos, y sudado á mares bajo su toga, pasa al vestuario, cambia de vestido, y no vuelve á pensar en lo que ha dicho. Luego principia otro la misma tarea, despues otro nuevo, y así se pasan los dias en revolver y enturbiar el agua clara de la cuestion. Hecho esto, cuando agotado está el flujo de palabras, el presidente de la Cámara pega con cuatro obleas el discurso de la Corona, en el cual todo el que se acerque puede leer lo siguiente:

« Señores, me cabe la indecible satisfaccion de anunciarles à « Vms. una buena noticia, y puedo congratularme altamente « con mis leales y queridos vasallos, de que las rentas de mi « reino se hallan en el estado mas próspero, excediendo conside- « rablemente los ingresos à los gastos; y me lisongeo que, me- « diante un ligero empréstito de algunos centenares de millones, « podremos en lo sucesivo hacer frente, y con la mayor econo- « mía, à todo lo que pueda ocurrirse. »

Despues el presidente, teniendo el papel que debe contener al contestacion entre el pulgar y el índice, saca al través del vidrio

una copia del discurso, y lee á la Cámara el párrafo refundido en estos términos :

« Señor, con el mayor placer hemos sido informados de la ex-« celente noticia que Vuestra Magestad nos participa, y mucho « celebramos la dichosa situacion en que se encuentran las ren-« tas de su reino, sobre todo que los ingresos excedan á los gastos; « y opinamos, juntamente con Vuestra Magestad, que, mediante « un ligero empréstito de algunos centenares de millones, vues-« tros fieles y leales vasallos podrán ayudarla á hacer frente en lo « sucesivo, y con la mayor economía, á lo que pudiera ocur-« rirse. »

La misma ceremonia se repite con todos y cada uno de los párrafos, no sin acompañamientos de comentarios, glosas, escolios, disputas, anotaciones y perifrasis; y despues de haber perdido quince dias tan inútilmente, se advierte que hubiera bastado y sobrado un cuarto de hora (1).

¿Y sin diversiones semejantes cómo podria embobarse el pueblo mas ingenioso de la tierra?

No olvidemos por otra parte, y esto es mas grave, que las famosas contestaciones de Mirabeau y Royer-Collard, á cuarenta años de distancia, derribaron las monarquías de Luis XVI y Carlos X, si bien ambos procedieron con la mas exquisita cortesía y el mas profundo respeto. ¡Tan cierto es que la forma nunca destruye el fondo!

Tampoco hay que creer que esa manía antiquísima, esa comezon de hablar que devora á nuestros Faramundos de todas las razas, pueda ser satisfecha con un mero discurso de apertura; y no ha faltado quien opinase que si ha habido á veces dos sesiones legislativas en el mismo año, ha sido tan solo para que encontrase la Corona dos ocasiones solemnes para hablar; y que si la Carta de 1814 dividió el parlamento en dos Cámaras, fue tan solo para dar á la Corona la oportunidad de dar dos respuestas á la doble embajada de pares y diputados. Sobre este particular no me atreveré á pronunciarme, no obstante no extrañaria que mira tan profunda se abrigase en la Carta.

Nada mas comun que comidas, bailes y francachelas en la Corte. ¡Pero vivan las galas representativas en que solo se consumen

⁽¹⁾ Véanse todos los discursos de la Corona, todas las contestaciones y discusiones de las Cámaras.

palabras! Así como en el calendario gregoriano hay dias festives en que se recomienda alabar á Dios mas particularmente, hay tambien en el calendario de la Corte, ciertos dias oficiales en que el prurito de perorar se puede satisfacer para el resto del año.

En tales dias, todos los cuerpos constituidos se presentan ante el piadoso monarca, entre la misa y vísperas, y desfilan procesionalmente. A medida que los llama el portero de servicio, el dean de cada compañía saca de su sopalanda una bujeta de oro, y quema en él algunos granos de incienso, saluda y se retira. Hay tantos discursos como corporaciones, y tantas respuestas como discursos; el taquígrafo recoge en una punta del manto real toda esa cosecha de elocuencia. ¡Tales son los dias mas espléndidos de la monarquía!

Sobretodo el dia primero del año, ¡ oh dia hermoso! apenas ha sonado la primera campanada de las doce, cuando la nacion oficial se calza, peina, acicala, engalana, compone el rostro, murmura entre dientes la repeticion de alguna mentira, y, con los piés helados y la cabeza descubierta, sube las escaleras é inunda las antesalas del palacio.

Un extrangero que asistiese á estas solenmes recepciones en que se arrastran y ensucian tantos trages y conciencias, se figuraria que la Francia es la comarca en que por excelencia reina la dicha y la concordia; y al mismo tiempo el país mas floreciente y mejor gobernado de Europa. En efecto, sus príncipes son siempre héroes insignes y admirables monarcas, que solo respiran, hasta que del trono caen, por la gloria y felicidad del pueblo francés. La hacienda, que en el presupuesto sucumbe lúgubremente bajo el peso de los gastos, se presenta ante el monarca con vestido de fiesta, como un rentero que nada debe. Las facciones han sido para siempre vencidas y desarmadas por la fuerza del gobierno en el año que acaba de espirar, salvo á volver á emprender la tarea en el año corriente para que de nuevo sean vencidas y desarmadas por la misma fuerza del gobierno, para la recepcion oficial del año venidero. El cuerpo diplomático proclama que nada desea como la paz, al paso que maniobra para alterarla. Si el monarca tiene un hijo, todo el mundo hace votos por este guerrero ilustre; y si tiene dos, tres, cuatro, todos son colocados en alto pedestal en el templo de la Memoria. ¡Cuantas cosas hemos oido del heroe del mediodía, del vencedor del Trocadero, del pacificador de España, en una palabra del duque de Angulema! ¿Y quien se acuerda en el dia de que haya vivido este Delfin tan cumplimentado?; Oh gloria falaz!; oh gloria pasagera!

Y sin embargo todos los príncipes la apetecen; tal es á lo que parece el deseo vehemente de los nobles corazones, y todos los príncipes tienen nobles corazones. Bajo este punto de vista, los que hemos visto venir despues de la revolucion no han degenerado; pues, como los que precedieron á esta terrible crisis histórica, anhelan la gloria, y si se la negasen en sus exposiciones los órganos respetuosos del cuerpo del Estado, la lograrian á lo menos en las contestaciones á los discursos de estos, del reconocimiento real y paternal, siempre por supuesto bajo la responsabilidad de los ministros.

Y el segundo dia del año, cuando aun está lleno el saco de arengas, ¿no será permitido vaciarlo? ¿Acaso faltarán discursos que pronunciar? ¡Santos cielos! ¿Cuando acabará esa cáfila de habladores? Es necesario que el rey esté de pié para oir al rector de la Universidad, el cual habla despues del presidente, y el prefecto despues del canciller, y el general despues del prefecto, y el arzobispo despues del general. ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿cuando concluirán tantos discursos?

Las exposiciones oficiales tienen dia y hora fijos, pero no sucede así con las espontáneas; y apenas cunde la voz de algun acontecimiento próspero ó aciago, verdadero ó falso, ocurrido en el palacio, que al momento acuden diputados celosos, con el pelo erizado y el ojo encendido, exclamando: ¡Un mensage! ¡pronto un mensage! ¿Donde está el presidente? Vamos pronto al palacio. Y marchan, y bullen, y se sofocan, y cada uno, sin informarse siquiera de lo que se trata, forma parte de la escolta para manifestar su adhesion.

No extraño, ciertamente, que todos esos diputados, empleados efectivos, ó con esperanza de serlo, se den prisa á mostrarse tan solícitos y agradecidos; nada es mas natural. Además dicen que representan la nacion, lo cual no niego hasta prueba de lo contrario.

Por otra parte conviene reconocer que todos esos Mensages improvisados producen siempre dos excelentes efectos: uno es probar que hay quien ama con lealdad á su rey, y el otro que los que no proceden del mismo modo son cuando menos facciosos, y tal vez republicanos. Así resultan dos ventajas: servirse á sí mismo y perjudicar á sus adversarios, lo cual, es preciso confesarlo, arguye no poca maña.

En estas circunstancias graves y solemnes, no olvida decir el *Monitor* que las Cámaras en masa salieron á trasmitir al palacio la expresion profunda y sincera de su dolor ó gozo, segun la naturaleza del acontecimiento. Si, al contrario, las Cámaras tomasen en masa el camino del palacio para suplicar al monarca que cambiase sus ministros, veriamos al *Monitor* enfurecerse, y llamar sedicioso al parlamento, al paso que gritarian los centinelas, presentándole la bayoneta: Alto ahí, nadie pasa adelante.

No faltaria quien dijese que es un crimen de lesa-nacion el ver á una pandilla de alborotadores deliberando fuera de sus puestos y de los límites de sus atribuciones, y reunirse para imponer á la Corona sus antojos delirantes y tiránicos. De modo que cuando los diputados de la nacion acuden para encomiar al soberano, todo va bien, todo es legal; mientras que si acuden á quejarse y vituperar la marcha del gobierno, todo va mal y la medida es ilegal. ¿Quien sabe? Tal vez es esta una consecuencia de la Carta-Verdad (1).

Pero las exposiciones que con mayor placer inserta el Monitor en sus columnas, son las de la Guardia nacional y Consejos municipales, por una razon muy sencilla: que prodiguen alabanzas al poder miembros de las corporaciones del Estado, nombrados, pagados, ascendidos y decorados por el poder, es cosa que muchos encontrarán natural; mientras que estas mismas personas, al leer los discursos de la Guardia nacional y Cuerpos municipales, no podrán menos de decir: ¡Qué espontaneidad tan noble y halagüeña la de esas corporaciones independientes! Bien se ve que tales palabras brotan de un corazon ingénuo que rebosa de lealtad. ¡Qué júbilo tan cordial!; qué pésame tan lleno de naturalidad!

Pero tambien es cierto que si la Guardia nacional se enfurruña, se le tapa la boca, y si insiste, se la disuelve. Lo mismo sucede con los Consejos municipales, y de este modo se establece la compensacion.

No disgustaria á los aduladores oficiales que citase sus nombres, profesiones, frases y domicilios; no tendria reparo en ello, pero seria muy larga la lista.

No obstante, no puedo menos de tributar el debido homenage á los empleados asalariados por el gobierno, y con satisfaccion reconozco que siempre fueron fieles á esta noble máxima: el que paga debe ser alabado por el que cobra; tan fieles que, aunque nuestro desgraciado pais haya atravesado, durante mas de medio siglo, los regimenes mas opuestos, tanto en el nombre, como en la forma, principios y conducta, nunca han dejado de asegurar á cada uno de estos poderes efimeros, que era el mejor de los gobiernos, que labraba la felicidad de la Francia, que debia levantar su clava y postrar por tierra á los facciosos, y que si llegaba á sucumbir, la patria mortalmente herida, pereceria infaliblemente. Nada tengo que objetar á tan bellos sentimientos, sino que los señores empleados debieran ceñirse á acudir exactamente á sus oficinas á la hora requerida, para salir al tiempo señalado despues de haber cumplido con su deber.

Por lo que toca á los señores jueces congratuladores, me parece que hay en la Carta cierto artículo que lleva el número 48, que les encomienda y manda muy particularmente, que deben administrar la justicia con todas las fuerzas de sus almas á todos los momentos del dia; y creo igualmente haber oido decir que hay una multitud de litigantes que verian con mejor gana al juez ocupado en los tribunales, que barriendo con los pliegues de su toga negra ó encarnada las antesalas de las Tullerías. Nadie pone en duda el celo de los señores jueces para la averiguacion y castigo de los delitos, ni su inalterable fidelidad á la persona del monarca; pues todos los príncipes legítimos ó ilegítimos, nacidos en el trono ó lejos de este, han recibido sucesivamente el testimonio sincero y tradicional del fervor y lealtad de los señores jueces; y la historia no permite duda en este punto.

Fuera de esto, conviene que sepan todos los pueblos extrangeros, Ingleses, Españoles, Rusos, Prusianos, Austríacos, Bávaros, Italianos, Húngaros, Turcos, etc., que lo mas cómico de las exposiciones oficiales, es que el Instituto de Francia, la Universidad, el Clero, la Guardia nacional, el Tribunal de casacion, el de cuentas, la Audiencia, la Cámara de diputados, la de pares, la de comercio y todas las Cámaras posibles, no saben, al entrar en Tullerías, la primera palabra de todas las bonitas cosas que el orador de cada corporacion va á recitar en su nombre. Tal golilla, por ejemplo, aforrado, solapado, con su bonete de terciopelo en la mano, arrulla, en nombre de la magistradura, un idilio florido, absolutamente como Celadon hablaria á la bella Amarilis. Aquel otro soldadote desenvaina su tizona oratoria y esgrime en nombre

⁽¹⁾ Alusion à la famosa palabra de Luis-Felipe: Messieurs, la Charte sera désormais une vérité. Señores, la Carta será de aquí en adelante una verdad.